

EVANGELIZACIÓN DE LA INCREENCIA

Juan de Dios MARTÍN VELASCO

Como conviene al género de mi intervención y al reducido espacio de que dispongo, me propongo indicar resumidamente los aspectos más importantes del tema enunciado en el título.

1. *La llamada a evangelizar*

Como punto de partida les invito a tomar conciencia de este hecho extraño. Llevamos varios decenios de llamadas urgentes, incluso apremiantes, dirigidas por la Jerarquía al conjunto de los cristianos con el fin de movilizarlos a la evangelización. Ya en los años cincuenta se extendió la consigna de «poner a la Iglesia en estado de misión». Después, el Concilio nos recordó que la evangelización es tarea de todos los cristianos. *Evangelii nuntiandi* proclamó que la evangelización es la esencia de la Iglesia. «Es la hora de la evangelización», resumían los obispos españoles en «Testigos del Dios vivo». Durante el pontificado de Juan Pablo II, para renovar todos estos mensajes, se nos está convocando permanentemente a la nueva evangelización. ¿Con qué frutos? Con resultados muy escasos. No porque las «conversiones» sean pocas y las cifras de los que se alejan de la Iglesia no hagan más que crecer. Sino porque la Iglesia está muy lejos de haberse puesto en estado de misión. Porque sigue organizada para una pastoral de conservación, orientada a la distribución de servicios religiosos a los fieles, cada vez menos numerosos, que los solicitan; incapaz de hacerse oír, si no es por los que siguen frecuentando la celebración de los sacramentos.

Este hecho obliga a reflexionar sobre las circunstancias que lo producen. Antes de lanzar nuevas convocatorias a la evangelización me parece indispensable que nos detengamos a considerar sobre la situación, a discutir las diferentes interpretaciones de la misma que vienen proponiéndose y a reflexionar sobre la validez de las propuestas que se vienen proponiendo. De lo contrario, esas llamadas cada vez más apremiantes pueden terminar por tomarse eslogan vacío o fórmula obsesiva que desanime y culpabilice a las comunidades cristianas.

2. *Increencia*

Con este término nos referimos a un hecho que tenemos razones para pensar que ha existido siempre. En la misma Escritura leemos: «Dijo el insensato en su corazón: No hay Dios.» En todas las religiones nos encontramos con los «impíos» y con los problemas que su presencia origina para los creyentes. Pero se trata de un hecho que en nuestro tiempo reviste unos rasgos peculiares. Entre éstos: se trata, no tanto de un sistema de pensamiento, como el designado por términos como «ateísmo», «materialismo», etc., como de un *fenómeno socio-cultural* que descansa en una actitud vivida. Un fenómeno claramente perceptible, pero que, al ser descrito desde la perspectiva de las actitudes más profundas, no podemos determinar a quiénes afecta realmente. En efecto, la condición de no creyente de una persona es tan difícil de conocer como la condición de creyente. «Sólo Dios conoce a los suyos», decía San Agustín.

Un fenómeno en *aparente crecimiento* en los últimos años. Crecimiento atestiguado de forma permanente en los estudios sociológicos de los últimos años. «Aparente», porque es fácil determinar si lo que crece es el hecho o son sus manifestaciones favorecidas por el cambio de situación socio-cultural y las posibilidades de reconocimiento de ese hecho que proporcionan.

Un hecho *masivo*, es decir, que no afecta a minorías sociales: filósofos, pensadores, clases dirigentes, sino que se extiende en todos los sectores. Un *fenómeno culturalmente relevante*, ya que de la designación del no creyente como «insensato», en los momentos en los que la fe impregnaba la vida social y cultural, hemos pasado a la impregnación por la increencia del discurso cultural dominante. Basta pensar en la diferencia de épocas como las reflejadas en *Millennium* o *Las edades del hombre* y la que actualmente vivimos, dominada por la «eclipse cultural de Dios».

La increencia actual constituye, por último, un fenómeno poscristiano. En múltiples sentidos: lo negado es el Dios del cristianismo y no, en primer lugar, el del teísmo filosófico de la tradición occidental; la negación se establece en una tranquila posesión que no cree necesario detenerse a discutir razones; y, sobre todo, hace suyos los mejores logros cristianos y piensa poder mantenerlos y desarrollarlos sin referencia al cristianismo. Éste sería el andamio con el que se ha levantado, en parte al menos, el edificio de la modernidad. Levantado el edificio, no se necesita mantener el andamio. O con otra imagen: el cristianismo sería una de esas ruinas de edificios antiguos, de las que los vecinos sacan piedras para la construcción de monumentos actuales o de sus propios hogares.

La increencia actual aparece en una notable variedad de formas que puede ser útil tipificar. Existen, en primer lugar, formas de increencia revestidas de manifestaciones religiosas. Es el caso de la superstición, la magia y la idolatría. Y no conviene olvidar que no faltan ocasiones en que un aparente exceso de religión

o de celo religioso puede ocultar sutiles formas de superstición e idolatría. Pensemos, por ejemplo, en los fanatismos y los casos de absolutización de mediaciones religiosas.

En segundo lugar, la increencia puede presentarse como formas acreyentes de vida: indiferencia religiosa y agnosticismo, o indiferencia razonada. Por último, existen diferentes formas de rechazo positivo de Dios o el absoluto: la increencia prometeica de quien «quiere desesperadamente ser uno mismo» (Kierkegaard), que encarna el pecado de presunción; la increencia bajo la forma de Sísifo: «no querer desesperadamente ser uno mismo», o pecado de desesperación, y la increencia representada en el mito de Narciso: no hay otra salvación que la del saber vivir día a día de forma hedonista, preocupado tan sólo del propio sujeto y del círculo restringido de «los suyos».

Por considerarla como la más extendida, me detendré en la descripción de la *indiferencia*.

Todos los estudios recientes revelan un crecimiento importante del número de los indiferentes. En alguno de esos estudios se cifra ese número en el 26% de los españoles. Más importancia que el dato mismo tiene la hipótesis que se propone para explicar este crecimiento. De acuerdo con ella, los muy numerosos católicos no practicantes de todas las encuestas -de los que muchos se preguntaban cómo podían seguir manifestándose como católicos, dada la erosión que padecía su fe- estarían engrosando a un ritmo muy rápido el número de los indiferentes. Es decir, que los católicos no practicantes estarían en una situación de plano inclinado que termina insensiblemente en la indiferencia. Dado el número muy importante de católicos no practicantes -en torno al 50%- esa hipótesis hace prever en un plazo no muy largo un cambio radical del «mapa religioso» de España.

Para conocer mejor el fenómeno, intentemos una caracterización de la indiferencia. La más superficial es la que consiste en cierta «frialidad» en relación con la práctica y la institución religiosa. Esta se basa, a veces, en la indiferencia frente a las distintas religiones positivas o reveladas que aparece representada por el «indiferentismo» religioso de la Ilustración, compatible con la afirmación de Dios como postulado de la vida moral y del orden social. Más radical es, sin duda, la indiferencia para con la afirmación misma de Dios que termina en una actitud de falta de atención, interés y aprecio por lo religioso que desemboca en el «no tengo oídos para lo religioso» de M. Weber. Como de la increencia en general, se ha dicho de la increencia de los países occidentales que es una indiferencia poscristiana. Con dos formas diferentes: se sabe del cristianismo, por una formación y una práctica insuficientes, lo bastante para excusarse de prestarle atención. El cristianismo constituiría un componente del mundo de la infancia. O se carece ya de referencias religiosas y se identifica al cristianismo con la Iglesia como fenómeno cultural, político o social. Cabe una forma radical de indiferencia que ignora el orden de lo trascendente, los valores absolutos, la

cuestión misma del sentido, y que termina instalando al sujeto en una vida perfectamente intrascendente.

La descripción de la indiferencia plantea algunos problemas a los que es indispensable aludir. ¿Es posible la última forma de indiferencia? En todo caso, es evidente que resulta extraordinariamente difícil determinar quién está instalado en ella. Sobre todo cuando se presta atención al hecho, característico de la época moderna, de la sustitución de las formas tradicionalmente religiosas de vivir la relación con el Absoluto por otras secularizadas como puede ser la fe filosófica, el reconocimiento de un lado inefable de la finitud que se haría presente en el orden de la experiencia estética, la aceptación de valores absolutos, tales como la justicia, la solidaridad entre los hombres, en términos no religiosos, en el ejercicio de la experiencia ética. La atención a este hecho permite, en efecto, sospechar que tal vez estén apareciendo nuevas formas de manifestación de lo sagrado, propias de una situación de radical secularización de la vida social y cultural y de la desacralización de las formas de religiosidad tradicionales.

3. Intento de interpretación global de la situación de increencia

La increencia actual está exigiendo el recurso a las diferentes ciencias humanas, la filosofía y la teología, para obtener una interpretación adecuada que estamos lejos de tener por ahora. Aquí me limitaré a las dos interpretaciones que vienen ofreciéndose de ella en los sectores cristianos y que están por debajo de los proyectos de evangelización con los que se responde a sus exigencias.

Una mirada superficial puede hacer creer que en el espacio de unos decenios -o tal vez de un par de siglos- los países occidentales están pasando de la condición de países cristianos a la de países descristianizados o poscristianos. La modernidad en sus distintas fases habría comportado la «apostasía» de masas, cada vez más numerosas, de la Iglesia y del cristianismo. Una lectura más cuidadosa de los hechos permite otra interpretación. La historia muestra que ni está justificada la afirmación de que en la situación premoderna existía una sociedad cristiana, ni la de que en la actual situación esa sociedad ha dejado de serlo. Lo que se ha producido en los últimos siglos y se está manifestando en los últimos decenios es un cambio muy importante en la forma de presencia del cristianismo y de la Iglesia en la sociedad y en la cultura modernas. De la situación de cristiandad, que no puede ser identificada con una situación de sociedades cristianas, se está pasando a una sociedad secularizada y pluralista en la que, por una parte, grupos cada vez más numerosos dejan de autoidentificarse como cristianos, pero por otra, puede observarse una notable purificación e incluso revitalización de la vida cristiana de los que siguen identificándose como cristianos. En otro sentido, comienzan a hacerse presentes posibles influjos del cristianismo, extramuros de las Iglesias cristianas, y convergencias, en ideales y

valores, con el cristianismo de grupos institucional, social y culturalmente alejados de él. Me refiero, fundamentalmente, a lo que llamaba nuevas posibles manifestaciones de la Trascendencia presentes en el nuevo paradigma, la nueva conciencia que se concreta en algunos de los brotes de nueva religiosidad y, sobre todo, en corrientes que se interpretan y se definen a sí mismas como ajenas a toda tradición religiosa.

4. *Evangelización de la increencia*

No creemos necesario insistir aquí en el hecho, asumido por la conciencia cristiana actual, de que la evangelización constituye, antes que una acción o tarea del cristiano o de la Iglesia, una dimensión de su identidad. Orientamos nuestra reflexión a ofrecer algunas ideas sobre cómo realizar en las peculiares circunstancias actuales este componente de la identidad cristiana y eclesial.

Ante un fenómeno como la increencia actual, con su extensión, su aparente crecimiento, su vigencia cultural, conviene evitar dos reacciones espontáneas que pueden viciar de raíz el ejercicio de la evangelización. La primera puede ser identificada como «síndrome de Jónas» y consiste en el repliegue de la comunidad cristiana hacia su interior, motivado por el convencimiento de que la increencia actual sobrepasa las posibilidades de una Iglesia reducida a la condición de *pusillus grex* atenazado por el miedo frente a un mundo exterior tenido por hostil y abandonado a su suerte.

La segunda, de signo contrario, pero curiosamente emparentada con la anterior en no pocos aspectos: enfrentamiento polémico con el mundo, predominio del miedo y búsqueda de la seguridad, puede ser descrita como estrategia fundamentalista. Elementos de la misma son: el intento de recuperación de la influencia y relevancia, sobre todo cultural, de la Iglesia, para así contrarrestar el proceso de secularización; la voluntad de restauración «actualizada» de la situación de cristiandad a través, no del sometimiento de la política a la Iglesia, pero sí de la creación de eficaces barreras morales, culturales y sociales que defiendan sobre todo a los cristianos más sencillos del impacto de la cultura de la increencia y favorezcan el ejercicio de su vida cristiana; la promoción de campañas evangelizadoras con medios poderosos que faciliten el ejercicio de un verdadero proselitismo que permita el crecimiento de las adhesiones explícitas a la Iglesia.

La situación actual exige, a mi modo de ver, otro tipo de respuestas que tienen sus aspectos esenciales en la personalización del cristianismo de los creyentes y, por tanto, el ejercicio de la conversión a una vivencia cada vez más auténtica de la fe cristiana; la reconversión de las estructuras de la institución de la Iglesia que le permitan transparentar el evangelio y ganar en credibilidad; y la elaboración de proyectos de evangelización que tengan en cuenta la variedad de los destina-

tarios de la evangelización y sean coherentes con el contenido del mensaje que transmiten.

En relación con el primer punto, cabe recordar la expresión profética del Cardenal Newman que nuestro tiempo parece estar verificando: una fe pasiva (heredada más que ejercida) conduce a los más cultos a la indiferencia y a los más sencillos a la superstición. La personalización de la fe comporta la insistencia en la realización de la experiencia de la fe por los creyentes, la decisión de hacer de la fe el eje de la vida, y el desarrollo del testimonio o la confesión de la fe como dimensión constitutiva de la misma. La reconversión de las estructuras de la Iglesia comporta la toma de conciencia de su relatividad, la adecuación de las mismas a los criterios evangélicos y la organización de las mismas en torno a la idea, central en los orígenes del cristianismo, de fraternidad. La fraternidad cristiana deberá, además, presentarse como «comunidad profética de choque», como «comunidad alternativa» que haga presentes en su forma de vida los valores evangélicos que concentra el seguimiento del Señor.

Para esta reconversión resultará indispensable que la Iglesia y sus miembros demos con una nueva forma de presencia en la sociedad que evite las tentaciones de huida del mundo y el intento de predominio sobre él y adopte como criterio fundamental el del servicio desinteresado a favor, sobre todo, de los más necesitados.

5. Fases y aspectos de un nuevo proyecto evangelizador

Anotemos tan sólo, desde un punto de vista negativo, que el proyecto evangelizador no debe revestir el estilo de una campaña publicitaria o de una empresa proselitista so pena de entrar en contradicción con lo esencial de su «mensaje». Atendiendo, sobre todo, a los indiferentes y no creyentes de nuestras sociedades secularizadas como destinatarios, e inspirándonos en el decreto *Ad gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia, proponemos un proyecto que abarque como fundamentales las fases siguientes: *presencia* en el mundo al que se quiere evangelizar, que comporta amor al mundo, encarnación de todos sus sectores y cercanía, no sólo física sino sobre todo espiritual, a los grupos y personas a los que se quiere evangelizar. *Diálogo* efectivo con la sociedad y sus grupos y personas, en el espíritu proclamado por el Concilio Vaticano II, por Pablo VI en la encíclica *Ecclesiam suam* y por el primer documento del Secretariado para los no creyentes. Este diálogo no tiene por qué estar orientado a la conversión, puede ser perfectamente desinteresado, supone renunciar a considerarse en posesión de la verdad y de la solución a todos los problemas del hombre, situarse en plano de igualdad, proponer las propias convicciones, escuchar las ajenas y estar dispuesto a dejarse enriquecer por ellas. El tercer paso de un proceso evangelizador consiste en la *colaboración* con todos los hombres en la solución de los

problemas comunes. En el documento conciliar este paso supone la situación de presencia de los misioneros en países del tercer mundo a los que hay que ayudar a entrar en procesos de desarrollo, pero es igualmente aplicable a las sociedades avanzadas, llenas también de problemas de todo tipo, a cuya solución los creyentes estamos llamados a colaborar con todos los recursos disponibles, como paso hacia situaciones más humanas y más cercanas, por tanto, al advenimiento del Reino. Ningún proceso evangelizador puede renunciar al *testimonio* de la propia fe, aportado, sobre todo, a través de una forma de vida en la que se encarnan los valores humanos compartidos por todos los hombres y los más propiamente cristianos, es decir, aquellos que se derivan del hecho de creer en el Dios-amor revelado en Jesucristo. El último paso de toda evangelización consiste en el *anuncio explícito* del mensaje cristiano. Un anuncio que conviene realizar en las circunstancias y con los medios en que resulte aceptable y dirigido, sobre todo, a los que nos piden razón de nuestra esperanza.

6. *Conclusión*

Es posible que el mejor proyecto evangelizador se desvirtúe por no dar en su desarrollo con un estilo que se corresponda con el contenido del Evangelio, por una parte, y con las condiciones de las personas a las que va dirigido, por otra. Rasgos de ese estilo en las actuales circunstancias me parecen ser la presencia y el acompañamiento, la modestia, la paciencia y la esperanza.

Juan de Dios MARTÍN VELASCO
Instituto Superior de Pastoral
Universidad Pontificia de Salamanca
Pº Juan XXIII, 3
28004 MADRID